

El Evangelio de hoy incluye la versión de Lucas del Padrenuestro, que es más corta que la de Mateo. Esta versión es la que la mayoría de la gente aprende y la que rezamos antes de la Comunión. Ambas versiones incluyen una serie de peticiones, incluyendo una que quizás no sepamos que es una petición: «Santificado sea tu nombre». Solía pensar que era solo una afirmación, una forma breve pero elegante de decir que Dios era santo y, por lo tanto, digno de nuestra alabanza y veneración. Cuando oramos así —«Santificado sea tu nombre»—, el nombre de Dios puede inspirar admiración y llevarnos a darle la alabanza, el honor, la gloria y la gratitud que merece.

«Santificado sea tu nombre» no es solo un atributo de Dios, sino una petición. Oramos para que el nombre de Dios sea reverenciado y honrado. ¿Cómo se santifica el nombre de Dios? ¿Quién lo santifica? Objetivamente, es obra de Dios. Dios es la fuente de toda santidad; él es quien santifica todas las cosas, incluido su nombre. Sin embargo, esto debería plantear una pregunta: ¿Por qué debemos pedirle a Dios que santifique su propio nombre? Orar no se trata tanto de intentar que Dios actúe, sino a menudo de generar una respuesta en nosotros mismos.

Orar de esta manera tiene una cualidad muy pasiva. Si Dios es quien santifica, consagra y santifica todas las cosas, entonces no tengo que hacer nada. ¿Verdad? Incorrecto. San Cipriano escribió que para que el nombre de Dios sea santificado —honrado, reverenciado y santificado—, es santificado en nosotros. El nombre de Dios es santificado en nosotros.

Quienes hemos sido santificados por el bautismo y al recibir el cuerpo y la sangre de Jesús en la Eucaristía debemos vivir vidas santas. Si vivimos vidas impías, nos convertimos en fuente de escándalo y contradicción, y si bien no podemos quitarle nada a Dios mismo, podemos dañar su nombre y reputación. Para que el nombre de Dios sea santificado, debemos ser un buen ejemplo llevando vidas auténticamente santas, tanto interior como exteriormente. Cuando no somos tan santos, debemos pedirle a Dios que nos perdone y nos ayude a mejorar en el futuro. El nombre de Dios es santo y merece ser honrado y respetado, pero para que eso suceda, debemos santificarlo y ayudar a otros a hacer lo mismo.

El nombre de Dios es santo, y siempre debemos usarlo con gran reverencia, sin maldecir ni blasfemar. Curiosamente, para algunos, uno de los nombres que los cristianos usan para referirse a Dios es en sí mismo una forma de blasfemia: Padre. Padre Nuestro. Afirmar parentesco con el Creador de todas las cosas sería incomprensible para algunas religiones, blasfemo para otras. Sin

embargo, fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a llamar a Dios Padre. Jesús quiere que sepamos que, sin importar cuán bajo hayamos caído o lo que hayamos hecho, Dios Padre no solo nos ama ocasionalmente; su amor es infinito. Si necesitamos pruebas de esto, veamos la cruz. Dios Padre amó tanto al mundo que sacrificó a su Hijo unigénito para que sus hijos adoptivos tuvieran vida eterna.